



SVEND MORTHENS

LA PRINCESA DE HIELO Y FUEGO

DESTINO

THRILLER

La princesa de hielo y fuego

SVEND MORTHEMS

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Svend Morthens, 2015

© Editorial Planeta S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14523-3
Depósito legal: B. 18.076-2015
Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Las llamas del dragón

He oído que hay secretos que tienen el poder de hacer enfermar a quien los guarda y que escribirlos es una forma de liberarse de ellos. Si consigo encontrar las palabras adecuadas, quizá esta vez me curaré... De nuevo transito por mis recuerdos y ahí estoy, como aquel día, en las entrañas de aquella mole de veinte plantas, el Evanescence Zurich Hotel...

Había acompañado a mi padre en su viaje a Suiza con motivo de la conferencia. Podría haberme quedado en casa de una amiga... en el caso de que la hubiera tenido. También podría haber estado con mi madre. Pero la perspectiva de pasarme horas interminables, como un mueble, en las oficinas de la publicación online en la que trabaja, no me apetecía ni gota. Últimamente, ella ejercía más de periodista que de madre. Los tres vivíamos bajo el mismo techo pero no estábamos demasiado tiempo juntos, la verdad. Acompañar a mis padres en sus viajes de trabajo era una forma de seguir sintiéndonos una familia.

Era, y sigo siendo, hija única. Pero por aquel entonces tenía la sensación de que la ONG Drumleaks era una especie de hermano pequeño. A ese «crío» le dedicaba mi padre, y eventualmente mi madre, la mayor parte de sus esfuerzos, preocupaciones y atenciones. Mi padre creía con firmeza que hay ideas que están por encima de las personas. Y esa creencia tenía consecuencias palpables. En los presupuestos familiares la manutención de Drumleaks ocupaba un lugar destacado. A menudo, la economía doméstica pasaba estrecheces para poder alimentar a ese pequeño, que necesitaba cada vez más y más recursos.

Muchos de los amigos de mi padre se habían forrado, sobre todo los que conoció en su juventud. Corrían los años ochenta y los hackers eran unos soñadores dispuestos a aportar sus habilidades técnicas para superar los límites conocidos. Entre todos montaron una comuna llamada Internet. En vez de fumarse un porro, los hackers flipaban creando software de código abierto. Desgraciadamente, algunos pusieron precio a sus conocimientos. Y recibieron cantidades suculentas por ellos. Muchos sucumbieron a la tentación, pero mi padre no.

Él es la persona más idealista que he conocido. Cuando era pequeña y me preguntaban a qué se dedicaba, respondía:

—Mi padre es un luchador. —Esa palabra tenía para mí resonancias mágicas, como si se tratara de un caballero andante.

La palabra «lucha» era la que más solía repetir mi padre: lucha por la libertad de expresión, lucha por los derechos humanos, lucha contra el control de Internet...Y esa

palabra talismán aparecía también en el panfleto que me dieron aquel día al entrar en la sala de conferencias: «Magnus Sturluson, un luchador incansable por la libertad de expresión y la independencia de Internet y contra todos aquellos, gobiernos o corporaciones empresariales, que quieren restringirla». En mi humilde opinión, a Magnus le gusta demasiado poner la otra mejilla. Mi padre tiene maderita de mártir. No quiero parecerme a él en eso. ¡Quien se meta conmigo va a recibir su merecido, aunque me deje todos los dientes en ello!

Mis cabellos de color azul daban el cante en esa sala donde abundaban las calvicies y los cabellos grises. Habían acudido un montón de antiguos hippies que se sentían rejuvenecer al participar en un acto como aquel, en el que se iba a poner a parir a los poderosos. Mi ropa tampoco me ayudaba a pasar desapercibida. No me gusta vestir como las personas normales y corrientes, sino como los personajes que más admiro: mis héroes de los videojuegos, las películas o los cómics. Por eso no voy nunca a comprar ropa a una tienda de esas a las que acude la mayoría. La consigo en Internet, a través de portales como Cosplay Shopper. Ese día llevaba un abrigo gris con capucha que recordaba vagamente a un hábito monacal, pantalones de camuflaje de bolsillos amplios, un jersey de cuello alto rojo granate con una franja inferior gris, botas tipo militar, guantes negros, gafas de cristal azulado... En definitiva, iba vestida igual que ella.

Me acomodé en mi butaca y crucé una pierna sobre la otra para facilitar un soporte a mi portátil Acer Aspire S7. Abrí la sesión del videojuego Fahrenheit. Era el primero

de la lista de mi *top ten* de juegos favoritos, a pesar de que fue lanzado hace años. Me había hartado de enviar mensajes a quienes lo desarrollaron y a la empresa que lo publicó pidiendo una nueva aventura. Pero, por lo visto, eso no entraba en sus planes. Debía de ser porque su protagonista, Carla Valenti, no era una tetuda descerebrada como ocurría en buena parte de los videojuegos. Ya sé que mayoritariamente son tíos los que juegan. Pero las chicas no dejarán de ser nunca una triste minoría si no abundan más juegos como este, palabra. Carla es atractiva pero también tiene personalidad. Es una teniente de policía de Nueva York a la que motivan los casos irresolubles. Rigurosa y analítica, es capaz de investigar a fondo hasta descubrir una pista imperceptible. Me encanta ser ella.

Entonces todavía no lo sabía, pero en el futuro íbamos a tener más cosas en común.

De pronto, sentí esa mirada, la típica mirada de reproche de uno de esos puretas que nunca han echado ninguna partida en un videojuego. ¡Y se vanaglorian de ello, los muy estúpidos! La gente así considera que jugar es una pérdida de tiempo. ¡Al contrario, no hay tiempo mejor empleado! Jugar me ha enseñado a tener más coraje, más ambición y a comprometerme hasta el final en todo aquello que me propongo. Ojalá la vida se pareciera a los videojuegos. Pero lo cierto es que existen diferencias. La principal es que en los videojuegos conoces las reglas y, en cambio, en el mundo real no están nada claras.

Las luces se amortiguaron. Cerré la sesión de Fahrenheit. Debía estar lista para cuando llegase el momento de actuar. Sobre el escenario apareció un tipo que vestía una

sudadera roja con la capucha ocultándole el rostro. Su aspecto y su forma enérgica de moverse me recordó a un duende enloquecido. El público adivinó enseguida de quién se trataba y prorrumpió en aplausos. A modo de respuesta, el individuo mostró el lema que lucía la sudadera: *Be part of the change you would like to see in the world* («Forma parte del cambio que quieres ver en el mundo»). Acto seguido descubrió su rostro. Se trataba de Kristinn Munk. La sala entera se puso en pie y empezó a vitorearlo mientras aplaudía rabiosamente.

Drumleaks es una página web que permite revelar secretos. Esa clase de cosas que los gobiernos y las grandes empresas prefieren que no se sepan. Sus trapos sucios, vaya. Si Kristinn se hubiera ajustado a las normas nadie conocería su nombre, porque Drumleaks garantizaba el anonimato al cien por cien. Pero debía de gustarle la fama, porque le faltó tiempo para contactar con un periodista de la revista *Rolling Stone* y contarle que él había sido el autor de una de las filtraciones que más habían cabreado al gobierno de Estados Unidos. Se puso premeditadamente en el ojo del huracán. Y las consecuencias no tardaron en llegar. El gobierno estadounidense actuó de la forma habitual: una orden internacional de búsqueda y captura contra Munk. Diversos agentes federales habían sido identificados entre el público y no era muy aventurado deducir qué es lo que se llevaban entre manos.

—Hola, quiero saludar especialmente a mis amigos y fans de la policía nacional e internacional —exclamó, irónico, Kristinn—. Estoy aquí porque creo en un mundo mejor. Pero la prueba de que todavía falta mucho para que

ese mundo ideal sea realidad es que hoy ustedes también nos acompañan. Voy a ser muy claro respecto a esto: no he hecho nada para merecer un arresto. Lo único que quiero es poder conocer la verdad y expresarla en voz alta. Eso es todo.

Los aplausos y los gritos de ánimo volvieron a sonar atronadores en la sala. En ese momento, Magnus salió también al escenario. Mientras mi padre abrazaba a Kristinn, coreaba algunos de los eslóganes que surgían de forma improvisada entre los asistentes. Era la forma de expresar claramente que la organización Drumleaks había convertido a Munk en una de sus causas e iba a darle todo su apoyo hasta el final.

Teniéndolos a los dos en el escenario, me percaté de cuán diferentes eran. A mi padre los aplausos parecían contrariarlo. No le gustaba la notoriedad. Si la asumía, era con la condición de que fuera de forma momentánea, esperando ceder el testimonio lo más rápido posible. En cambio, estaba claro que a Kristinn le agradaba sentirse bajo la luz de los focos acaparando la atención de aquellos a quienes podía llegar a considerar sus fans.

De repente, decenas de asistentes empezaron a vestirse con sudaderas rojas idénticas a la que lucía Munk. Uno tras otro, se encaminaron hacia el escenario con la capucha puesta. Por su parte, Kristinn también ocultó su rostro de nuevo. En un abrir y cerrar de ojos, una marea roja lo había convertido en invisible. La estrategia había descolocado a los agentes que se encontraban de incógnito en la sala. Algunos de ellos decidieron precipitar la detención, así que se levantaron de los asientos en los que in-

tentaban pasar desapercibidos y se encaminaron hacia el escenario.

En ese momento, el Grupo de Autodefensa de Drumleaks se preparó para lanzar su ataque. Estaba creado y formado únicamente por dos personas: mi yo en el mundo real y mi yo en el ciberespacio. En el mundo real soy Aya Sturluson, una adolescente a la que todavía le faltan unos años para alcanzar de forma legal la mayoría de edad. En el ciberespacio, mi *nick* es Firefly y se me considera tan adulta como cualquiera. Incluso me tuteo con hackers que son toda una leyenda. Yo misma paso por ser una hacker de las de primera división.

Presioné diversas teclas de mi ordenador portátil y activé el programa Handsetfinder. Es un programa pirata que había conseguido en el fórum de Internet Shadowsite, donde miles de hackers de todo el mundo intercambiamos ideas y productos de nuestra propia invención. El software permitía localizar cualquier dispositivo inalámbrico en un radio de doscientos metros. Pronto aparecieron en mi pantalla una serie de dispositivos auriculares seriados. Sabía que se trataba de los microauriculares que utilizaban los agentes desperdigados en la sala para recibir órdenes y estar coordinados en todo momento. Estos dispositivos están diseñados para pasar desapercibidos debido a su pequeño tamaño y su color carne. Pero no iban a ser inmunes a lo que se les avecinaba.

Una vez sintonizada la frecuencia en la que operaban los auriculares, activé el archivo sonoro del solo de guitarra interpretado por Jerry Cantrell en la canción *Man in the box*. Había descubierto esa canción gracias a mi padre y el

solo era de los buenos. La grabación estalló a más de ciento cuarenta decibelios en los tímpanos de los agentes que llevaban los auriculares conectados. Uno tras otro, al igual que fichas de dominó cayendo, se llevaron las manos al oído mientras contraían el ceño de dolor. Llegué a contar hasta doce agentes en la sala, entre los que estaban de pie y los que habían permanecido sentados. Desde luego, era una forma eficaz de llevar a cabo un censo. Antes de que consiguieran arrancarse el pinganillo de la oreja y se recuperaran del puñetazo sonoro que acababan de recibir, Kristinn habría tenido tiempo suficiente para escabullirse detrás del escenario.

Horas más tarde, Magnus y yo nos encontrábamos cenando en el restaurante panorámico situado en la planta dieciocho del Evanesence Zurich Hotel. Era un lugar muy frecuentado tanto por turistas como por los habitantes de la ciudad. Ofrecía unas vistas privilegiadas sobre el casco antiguo y las catedrales Fraumünster y Grossmünster, separadas por el río Limmat. Un mago amenizaba la cena en lo alto de un pequeño escenario con un espectáculo apacible, sin sobresaltos, muy adecuado para no alterar la digestión de los clientes.

Era la primera vez, desde que llegamos a Zurich, que no tenía que compartir a mi padre con otras trescientas personas.

—No debiste haber usado ese truco; teníamos la situación controlada —exclamó Magnus.

—Solo era música, papá. No es ningún delito. Además, nadie ha resultado herido.

—¿De dónde sacaste el programa? Esos foros... ya sabes que no me gusta que los visites.

—Tú también fuiste hacker, papá... ¿O no te acuerdas?

—En mi época no competíamos para escalar posiciones en una lista de desafíos. Eso puede llevarte a hacer muchas estupideces. Y ya sabes que no podemos cometer errores. Nos atacarían sin misericordia, si lo hiciéramos.

Me preguntaba si Magnus se preocupaba realmente por mí o más bien por las consecuencias que mis acciones podían tener para su cachorro Drumleaks. Mi padre estaba perdiendo el sentido del humor. Años atrás estábamos muy unidos. Compartíamos partidas de Farmville, Sims, Angry birds... Nos reíamos muchísimo juntos. Me encantaba escucharlo, en especial cuando explicaba anécdotas de cómo él y sus amigos le daban su merecido a cualquiera que usara Internet con malas intenciones. No tenían que dar explicaciones. Hacían lo que consideraban oportuno y basta. En esa época, los ciberactivistas eran solo un puñado. Ahora, en cambio, Drumleaks contaba con centenares de colaboradores y miles de simpatizantes en todo el mundo. Ya no podían permitirse el lujo de equivocarse. Tenían que ganar la maldita batalla de la opinión pública. Magnus medía demasiado las consecuencias de cualquiera de sus actos. Cada vez era menos espontáneo. ¿Quizá esa era la causa de que Tomoe, mi madre, pasase cada vez más tiempo fuera de casa? La versión oficial era que su trabajo de periodista la obligaba a viajar a menudo a Amsterdam y a cualquier lugar del mundo en busca de un reportaje, pero y si...

Entonces ocurrió algo que me arrancó de mis pensa-

mientos. De pronto, las luces se apagaron. Una especie de fuegos artificiales se desencadenaron al fondo de la sala. Nadie parecía estar seguro de si se trataba de una función preparada a propósito o realmente nos hallábamos ante un siniestro. Era el primer aviso de que algo raro estaba ocurriendo...

Nunca más volverá a cogerme desprevenida. Desde ese día he estudiado, hasta memorizarlas, todas las señales de alarma que pueden precederlo: el ladrido nervioso de un perro, un olor tenue y casi imperceptible, los gases que producen un sopor mortal...

El humo empezó a inundar el comedor. Las personas allí congregadas no sabían cómo reaccionar. Todavía había quien se tomaba su tiempo para acabarse el postre. Nadie quería ser el primero en levantarse y echar a correr. El miedo al ridículo podía más, de momento, que el espíritu de supervivencia. Ahora, cuando pienso en ellos, tengo ganas de gritarles que se levanten y que huyan. Pero eso no es posible: esas personas solo son un recuerdo. Incluso yo misma lo soy, ya que jamás volveré a ser quien fui.

La mayoría de las mesas estaban ocupadas por cuatro o más personas. Lo ignoraban, pero ese hecho iba a ser decisivo para que muchos de ellos no sobrevivieran: bastaba con que una sola persona del grupo se mostrase escéptica o no se tomase en serio lo que sucedía para que el resto se mantuviera en una letargia que resultaría mortal. Los primeros segundos son determinantes para poder escapar de un siniestro. Una vez transcurridos, las posibilidades de salir con vida se reducen a la mitad.

Cuando las cosas parecieron ponerse feas, se empezó a

perder la compostura. Los centenares de personas que cenaban en el restaurante se agolparon en la salida de emergencia más cercana y más visible, provocando un atasco que iba a impedir que la evacuación fuera fluida. Era gente de distintas procedencias y culturas que no tenían nada en común, excepto que habían escogido el mismo lugar y la misma hora para cenar. Los gritos y los golpes comenzaron a formar parte de la nueva normalidad. Era increíble la distancia que separaba esa imagen de la de muy pocos minutos atrás, en donde la principal preocupación podía ser una chorrada, como saber qué tipo de cuchillo y tenedor le correspondía al pescado.

Nadie se había percatado de que detrás de una cortina había otra salida de emergencia.

Magnus intentó poner orden en aquel tumulto.

—¡Dejen salir primero a los niños y a la gente mayor!

No atendían a razones. El pánico había provocado una estampida que amenazaba con arrasar cualquier cosa que se interpusiera entre ella y la salida. Mesas y sillas esparcidas por un suelo lleno de cristales rotos eran la prueba palpable de que la multitud no bromeaba. Pasamos ante un carro de bebidas. Mi padre cogió un par de botellas de agua Perrier.

—Guárdalas, el agua nos servirá para protegernos del humo.

Las puse en mi mochila de estampado escocés réplica de la del personaje anime Amu Hinamori.

—¡Pégate a mí y no te separes por nada! —me gritó mi padre.

Me abracé fuertemente a él por detrás. Magnus se abría

paso y yo era el contrapeso que evitaba que él perdiera el equilibrio. Caer al suelo en aquella situación equivalía a ser arrollado por decenas de pies. Cuando finalmente conseguimos salir del comedor y llegamos al vestíbulo, espesas columnas de humo que ascendían por la escalera nos obligaron a detenernos. Reinaba el desconcierto absoluto. No había nadie de seguridad ni ningún sistema antiincendio activado. Incluso el personal del restaurante se había esfumado. Alguien apretó el botón de llamada del ascensor y, cuando se abrieron las puertas, una riada humana entró en él. Los golpes y los empujones volvieron a repetirse. Los que estaban dentro de la cabina intentaban impedir que subiera nadie más.

—¡Está al máximo de su capacidad! Inténtelo más tarde —le espetó alguien desde dentro a un anciano mientras acompañaba sus palabras de un puntapié.

Durante mi infancia había invertido un montón de horas en jugar al Elevator Action Returns, y me había quedado claro que lo último que se debe hacer, en caso de incendio, es montar en un ascensor.

—¡Es una locura, salgan de ahí! —les grité.

Hicieron caso omiso de mi advertencia. El ascensor cerró sus puertas e inició el descenso.

Jamás conseguiré borrar de mi mente aquellos rostros que quedaron al otro lado de las puertas automáticas. Algunos de ellos expresaban una satisfacción obscena por una salvación que creían segura. Y otros, más inquietantes todavía, daban claras muestras de fatalismo. Parecían intuir que iban directos al desastre, pero una especie de resignación mortal los mantenía allí dentro. Sabían que ese

ascensor nunca llegaría a la planta baja. ¡¿Qué les impedía bajarse de él?!

Un hombre de mediana edad, de pronto, se había convertido en el cabecilla improvisado de un grupo de diez personas que se había aglutinado a su alrededor. No hay momento más oportuno que un siniestro para que surjan iluminados que creen tener la solución a todos los problemas. Las personas tienden a comportarse igual que un rebaño de ovejas asustadizas que necesitan la seguridad por encima de todo.

—Es muy simple: el humo tiende a subir. Por lo tanto, debemos bajar.

Si el foco del incendio estaba en la planta inmediatamente inferior y conseguían atravesarlo, estarían salvados. Pero si no... Bajar desde la planta dieciocho hasta la calle le requeriría un mínimo de diez minutos a una persona de constitución normal. Para las personas con sobrepeso o con problemas de movilidad el tiempo necesario podía llegar a ser el doble. Incluso en el mejor de los casos, era imposible sobrevivir aspirando tanto tiempo aquel humo. El grupo encabezado por el hombre de mediana edad decidió arriesgarse: intentarían ganar la calle bajando por la escalera. Pronto, sus siluetas se convirtieron en fantasmagóricas y desaparecieron entre la humareda.

Mi padre y yo no estábamos dispuestos a dejarnos engullir por esa boca oscura y hambrienta que se abría ante nosotros. Decidimos buscar un refugio. Magnus mojó su chaqueta con el agua de una de las botellas que yo había guardado. Me indicó que hiciera lo mismo. Nos cubrimos la nariz y la boca y empezamos a avanzar por el pasillo. La

luz eléctrica fallaba de forma intermitente. Por suerte, el hotel había incluido tiras de leds fosforescentes en el suelo entre sus medidas de seguridad. Cuando la oscuridad era total, las líneas verdes del suelo marcaban el camino hacia la salida de emergencia más próxima. El humo nos irritaba los ojos y nos provocaba una tos paralizante, obligándonos a perder un tiempo precioso.

Finalmente conseguimos llegar hasta una zona de habitaciones. Todas las puertas tenían un sistema de apertura eléctrico. Magnus fue directo hacia uno de los armarios en los que se guardan los objetos de la limpieza. Lo reventó haciendo palanca con las patas metálicas de una de las mesillas del vestíbulo. En su interior había cubos, detergentes, escobas, fregonas, toallas... pero ni rastro de ninguna llave maestra que diera acceso a las habitaciones al personal de la limpieza. Magnus manipuló los pomos de varias puertas e intentó desesperadamente abrir una de ellas a empujones. Pero lo único que consiguió fue lastimarse el hombro.

—Maldita sea... Si no conseguimos... meternos ahí dentro... estaremos perdidos...

El humo se hizo más y más espeso. Los dos nos pusimos de cuclillas a ras del suelo para evitar respirar aquel aire emponzoñado. ¿Cómo podíamos abrir la puerta de esa habitación? De repente pensé en Cody. Era un habitual del fórum Shadowsite y aseguraba haber encontrado la llave maestra para abrir millones de cerraduras electrónicas de hoteles de todo el mundo. Había desarrollado un software que actuaba del mismo modo que una ganzúa que se introducía en el mecanismo interno de la cerradura y leía el código magnético.

La mochila no solo me servía para guardar mis cosas. La había tuneado y estaba dotada de una batería que también me permitía recargar el portátil, la tablet o cualquier artículo electrónico. Abrí la mochila y despegué el velcro del compartimento en el que estaba alojada una placa Arduino con microprocesador, que era la que posibilitaba la conexión de los equipos con la batería. Con el hardware y el software Arduino se puede crear fácilmente una enorme variedad de instrumentos eléctricos y pequeños robots. Además son de código abierto, por lo tanto no tienen una motivación comercial sino que buscan el beneficio colectivo.

Luego saqué el portátil. Conecté la placa al puerto USB de mi ordenador.

—¿Qué estás haciendo?

—Conectándome a uno de... esos foros... que no quieres que visite... Puede que en vez de meternos en un lío nos saque de él...

Mi portátil tenía acceso a la banda ancha 4G y enseguida conseguí cargar el programa de Cody en la placa Arduino. Desconecté la placa del ordenador y la conecté al puerto DC que había en la parte inferior de la cerradura mediante una clavija. No transcurrieron demasiados segundos hasta que conseguí la combinación que desbloqueó la puerta de la habitación.

Entramos en ella y cerramos la puerta de golpe. En el interior no había nadie. Las camas estaban recién hechas y la habitación lista para ser ocupada. Nos apresuramos a emparar las toallas del lavabo y las utilizamos para sellar la puerta de entrada. De ese modo el humo del pasillo no penetraría en la estancia.

Ahora que la adrenalina volvía a sus cauces normales, parecía increíble que realmente hubiera ocurrido aquello. ¿Era la vida real o una pesadilla de videojuego? Me dejé caer en una de las camas.

Magnus recorrió las cortinas y abrió la puerta que daba a la terraza. Abajo se oían las sirenas de los bomberos y también las de las ambulancias.

—Sólo nos queda esperar. Nos sacarán de aquí, ya verás —intentó tranquilizarme.

Yo sabía que estábamos salvados, pero no podía evitar pensar que había conocido la auténtica naturaleza humana. ¿De modo que las personas son así y lo demás es pura apariencia?

De pronto, unos nudillos llamaron a la puerta.

—¿Magnus, estás ahí? Abre.

Nos miramos sorprendidos. ¿Quién podía ser y cómo sabía que estábamos allí?

Un extraño presentimiento cruzó fugazmente por mi mente...

No tengo valor para continuar... Debo interrumpir la escritura... Cuando empecé creía que podría, pero ahora me doy cuenta de que, por mucho que lo intente, no seré capaz de encontrar las palabras que describan lo que pasó a continuación. No me queda más remedio que dar un salto adelante en el tiempo.

El comandante del cuerpo de bomberos atendía a la prensa en plena calle una vez el incendio estuvo controlado.

—El fuego se ha originado en el aparcamiento subterráneo del hotel. Por causas que todavía no conocemos el sistema antiincendios de la planta dieciocho no ha funcionado correctamente. La mayoría de las víctimas eran clientes que estaban cenando en el restaurante que hay en ese nivel.

Mi padre y yo estábamos sentados en uno de los bancos de la plaza dura que rodeaba al Evanescence. El Servicio de Protección Civil nos había dado una manta térmica a cada uno. Nos cubrimos con ella. No sentía frío pero sí la necesidad de que algo me abrazara. Los dos estábamos en silencio. De vez en cuando contemplaba a Magnus buscando alguna reacción por su parte. Pero él seguía con la mirada perdida. De pronto, rompió su mutismo.

—Nunca, jamás, le contaremos a nadie lo que ha sucedido en esa habitación, ¿entiendes? ¡Prométemelo!

—Te lo prometo.

Jamás hablaría de ello, pero mi mente nunca dejaría de gritarlo.